

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

COR LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos, prefiriéndose siempre, donde las haya, las letras del Giro mútuo.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

30 de Junio de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 8.

SUMARIO.

El arte de hacer fortuna, por D. F. de P. M.—La flor del Cielo, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Á la Virgen María, por D.^a María Hurtado.—Calvario y redención, cartas de tres hermanos, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Soneto, por don T. Rodríguez de la Torre.—Sección doctrinal, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez,

EL ARTE DE HACER FORTUNA.

(CONTINUACION.)

—No por cierto.

—De un rico comerciante que se acaba de casar con la mujer mas pobre de la ciudad.

—Eso está bien hecho; los ricos deben ayudar á los pobres.

—Lo mismo digo, y precisamente por eso pensaba comunicarte un proyecto. ¿Has visto cuanto dinero habia en esa pieza por donde pasamos para subir á estos tejados?

—Si, he visto que habia mucho.

—¿Te atreves á que nos apoderemos de alguno? Hay tanto que difícilmente se conoceria lo que nosotros pudiéramos cargar.

—¿Como!—exclamó escandalizado *Sin recursos*;—¿me propones robar?

—Eso no es robar; eso es ayudarse los pobres con lo de los ricos, como acabas de decir ahora mismo.

—No prosigas ni cuentas conmigo para semejante picardia, además que es una locura, ¿no oiste cerrar todas las puertas conforme fuimos subiendo la escalera?

—Es que yo no pensaba en que bajásemos por donde hemos subido; mira, esta chimenea

dá á la pieza del dinero: yo me introduzco por el hueco que facilmente puede agrandarse; me ato al cuerpo esa sogá; tú das la vuelta, y te vienes aquí conmigo y me vas dejando escurrir hasta que llegue abajo; en seguida con la misma sogá te envío uno de los esportillos de oro que hay sobre el mostrador, me encaramo por la sogá y bajamos luego cuando nos abran por la escalera con nuestro dinero en los bolsillos; pasamos por delante de todos y nos vamos á la calle sin que nadie pueda sospechar la sisa, ni culparnos á nosotros de ella.

Sin recursos se opuso abiertamente á secundar los proyectos de su compañero y este tuvo que desistir, no con poco sentimiento, renunciando como él decia, á hacer su fortuna en diez minutos por culpa de un imbécil.

Cuando bajaron al escritorio del comerciante, les mandaron esperar para darles de beber, y mientras aguardaban, observó *Sin recursos* lo afanado que estaba uno de los dependientes para hacer un cálculo con el cual no podía atinar; ofreciose á hacerlo el asturiano y lo hizo tan bien y tan pronto, con asombro de todos los que estaban allí presentes, que el comerciante enterado del hecho le dijo si queria quedarse en su casa. *Sin recursos* aceptó y se halló desde el día siguiente bien vestido, perfectamente asistido y con un sueldo mas que regular. De esta manera quiso Dios recompensar su buen proceder del tejado, por medio del mismo á quien no habia consentido que se defraudara. La inteligencia, el celo, la asiduidad de *Sin recursos* le captaron de tal modo la voluntad de su principal, que á los tres años de estar en su casa, lo asoció á sus especulaciones, lo envió á viajar por cuenta de ambos, y por último, le auxilió para que se estableciese por sí en Madrid; desde entonces su fortuna ha ido siempre en aumento y es hoy uno de los banqueros mas fuertes de la capital; pero nunca ha olvidado su origen ni sus desgracias..... la prueba es, hijos míos, que os ha convidado á su boda para referiros su historia. *Sin recursos* se llama hoy don Juan y acaba de poner el sello á su dicha tomando por esposa á la hija del marqués de V....»

—La dicha no la debe sino á sí propio, exclamó noblemente la esposa del banquero alargándole la mano.

Esta pública confianza que no era nueva para la esposa y los amigos íntimos de D. Juan, se hizo por el banquero con tanta dignidad y buen gusto, que sus mas orgullosos convidados se creyeron en el deber de abrazar al antiguo operario de la fábrica de ladrillos, y la voz de los con-

des y marqueses se confundió con la de los asturianos en unánime y comun aclamacion.

—Ya que sabeis mi historia, añadió D. Juan, permitid, hijos míos, que os recuerde los únicos auxiliares de que me he servido para conquistar la posicion que ocupo: estos han sido *honrades, perseverancia y economia*; solo con practicarlos aprendereis á hacer fortuna.

En seguida puso una onza de oro en la mano de cada uno de los asturianos, y los despidió. El grito de «viva D. Juan» resonó por todos los ángulos del salon.

Desde este día los veinte jóvenes favorecidos por el banquero se han mostrado dignos de su protector. Los unos se han dedicado al comercio, los otros son buenos industriales, algunos están de mancebos en las principales tiendas de Madrid, y por último, nos han asegurado que uno de los mas audaces ha ganado seis mil duros en la última subida de la bolsa.

F. DE P. M.

LA FLOR DEL CIELO.

NOVELA ORIGINAL.

Á MARINA.

Permite, Marina mia, que ponga tu dulce nombre al frente de uno de mis pobres escritos.

Dios ha unido nuestros corazones con los lazos de la mas pura amistad: Dios ha hecho hermanas nuestras almas, y justo es que mis pensamientos tengan algo tuyo, como tiene siempre algo de suave y agradable el vaso que contiene un rico perfume.

Además, al crear un ser digno y noble y perfecto, tu recuerdo acude á mi mente, y he querido que *La flor del cielo* sea un testimonio de esta verdad.

Acéptala tú, no por lo que vale, sino porque es mia, y tenga á tus ojos el solo mérito de que la escribo pensando en tí.

ENRIQUETA.

¿Qué tesoro puede igualarse al inestimable tesoro de la virtud? ¿Que bellezas pueden compararse á las sublimes bellezas del alma? ¿Qué ri-

quezas se hermanan en valor á las divinas riquezas que deposita Dios en el corazón de algunas de sus criaturas tan privilegiadas como perfectas?

¡Oh ninguna! Y existe tal diferencia de unas á otras, como de lo deleznable á lo imperecedero, como de las sombras á la luz, como del espíritu á la materia.

La virtud, hija hermosa del cielo, ejerce su dulce imperio en los corazones mas endurecidos: domina las voluntades mas rebeldes, y vence siempre y donde quiera, con un triunfo mas duradero y cierto cuanto mas modesto y menos proclamado.

Ay! hermana mia, al hablarte de la virtud, á tí que las reunes en tu alma todas, yo quisiera crear un ser perfecto y noble, grande y sublime, que te se asemejase en algo; y sin embargo esto es imposible, pues á pesar de mis esfuerzos siempre habrá entre tú y él la diferencia del ser forjado por la pobre imaginación de la criatura, y el ser, obra perfecta de Dios, creada en su divina mente, y enriquecida por Él con todos sus dones.

Evocaré mis recuerdos, empero, y presentaré á tus ojos el cuadro de una familia redimida por un ángel, con el solo poder de la inocencia y la bondad.

Era una tarde del melancólico otoño: todavía, sin embargo, los árboles tenían hojas, las ramas flores y las brisas perfumes fugaces, vagos, casi imperceptibles, pero mas suaves y mas agradables, como lo es todo el bien que estamos próximos á perder.

En el jardín del magnífico palacio, del Barón Almonacid, una joven... digo mal, una niña, para como la alborada de la vida o como los ensueños de la infancia, vagaba lentamente, llevando en la mano algunas rosas y cogiendo otras que le parecían mas bellas, para reunir las todas en un solo ramo.

En aquel semblante de diez y seis años parecía que había pintado Dios el encanto de las flores y la inocencia de los ángeles.

Pero ¿á qué hablar de su belleza, si su hermosura mas grande estaba en el alma?

Su sencillo traje de muselina blanca, armonizaba graciosamente con la banda celeste que le ceñía á su talle, y cuyos flotantes cabos se escondían entre los pliegues de su vaporosa falda.

En su blanca frente, en la expresión de sus labios de rosa, en todo su ser, en fin, había algo tan inmaterial y tan casto, que al mirarla, y sin darse cuenta de ello, el pensamiento se separa-

ba de la tierra y se dirigía instintivamente al cielo.

Aquella niña inspiraba al par cariño y admiración, y se llamaba como tú: Marina.

Pero si todo en ella era puro y suave, lo era mucho mas su dulce mirada, en la que se reflejaban, como en un cielo sin nubes, la serenidad y la paz de su alma.

En aquellos ojos, sin embargo, había mucho de melancólico y reflexivo, y sin saber por qué, á través de su terso cristal se adivinaba siempre una lágrima.

¡Ay! era que la frágil nave de aquella vida empezaba á vogar por el revuelto mar de la existencia sin llevar por timón el amor de una madre: era que aquel espíritu tan bondadoso y tan sencillo tenía que reconcentrarse solo dentro de sí mismo, sin hallar un corazón que le diera calor, que le diera vida!

Marina vivía en aquel extenso palacio, rodeada de criados, cercada de aduladores, protegida por dos hombres que parecían amarla con exceso, y sin embargo, ¡se hallaba sola!

Su alma a lo menos sentía un vacío y un aislamiento tan triste en torno, que le hacían mirar su vida como un día sin sol y su morada como un desierto.

Marina había pasado sus primeros años en un convento, en uno de esos asilos donde se alberga la inocencia y la virtud, y donde se aprende a amar y a tener en estima, desde la humilde lámpara que decora el altar hasta las incultas flores que perfuman el huerto.

Allí se había educado, teniendo una santa anciana a quien llamar madre, y unos ángeles bondadosos a quien apellidar hermanas.

Entre aquella familia que la diera la religión, no había echado de menos esa otra familia que le había negado la sociedad, por circunstancias que ella ignoraba.

Pero cuando un día, poco mas de un año antes de la tarde en que la hemos visto, se detuvo un carruaje á la puerta de su convento, y la digeron que debía partir en él para habitar otra casa que desde entonces sería suya, el corazón de la pobre niña se sintió oprimido, y miró con afán en torno, buscando una mano en que apoyarse para cruzar el nuevo camino por donde su vida se iba a deslizar.

Por desgracia, solo dos hombres se ofrecieron á su vista para prestarle apoyo y protección. Anciano el uno, muy anciano; casi joven el otro, ó por lo menos lejos todavía de los linderos de la vejez, pero frios y orgullosos y excépticos ambos: el uno con el desolador excepticismo del

ateo, el otro con el excepticismo repugnante del vicio.

La niña los miró á entrambos con ojos suplicantes, y esperó, estremecida, la palabra de afecto que iba á ligar en adelante sus destinos: pero de aquellos labios no salió una frase amorosa, ni, sobre todo, un nombre que marcara la posición de Marina en aquella casa.

Si Alberto, que era el mas joven de aquellos hombres, ó su padre el anciano Baron, la hubiesen llamado hija ó sobrina, todo hubiera quedado explicado á los ojos de la pobre niña, que desde entonces hubiera tenido una familia.

Pero esto no sucedió, y Marina al instalarse en aquella mansion se vió, como ya hemos dicho, sola y aislada.

Así se pasó algun tiempo.

Alberto y su padre cobraron afecto á la bellísima adolescente, cuya presencia embellecía aquella morada, y la cercaron de comodidades, de lujo, de riqueza.

Sin embargo, Marina no era feliz! y eso que su mirada candorosa no podia leer en el alma de aquellos hombres, cuyo fondo, sin fé, la hubiera espantado.

Alguna vez, y ya mas conocedora de las cuestiones de la vida, se atrevió á aventurar algunas preguntas sobre su origen, sobre su familia, sobre su madre... pero el descontento que se pintaba en el rostro de Alberto y la colera que se reflejaba en el semblante de su padre, la hacían enmudecer, dejándola sospechar que en su existencia habia un misterio.

Por eso estaba de continuo pensativa y absor-ta: por eso mientras cogía las flores que debían perfumar el pié de la cruz, colocada en su estancia para proteger su sueño, su frente se inclinaba y sus ojos se dirigían de un objeto á otro, con una expresión llena de vaguedad y tristeza.

Al fin, cansada y distraída, dejase caer en un banco de piedra, y allí permaneció algun tiempo sin cuidarse de cuanto la rodeaba.

Y tan preocupada se hallaba, que no sintió que la arena y las hojas secas crugían bajo la presión de unos pasos que se acercaban.

Era el Baron que contra su costumbre habia bajado á pasear un momento al solitario jardín.

El anciano parecia fuertemente contrariado. Con el baston que le servia de apoyo, azotaba las ramas y quebraba las flores, que tímidamente se presentaban á su paso para ofrecerle sus perfumes.

Sus mejillas estaban encendidas, sus cejas fruncidas; todo en él revelaba una colera mal

contenida y próxima á descargar sobre el primer objeto que se ofreciese á su vista.

Al cruzar junto á Marina, sus ojos se fijaron en ella con una expresión indescriptible, y murmuró deteniéndose de repente:

—Ah! ¿Estabas aquí, ¿Qué hacías?

—Perdone V., señor, respondió la niña dulcemente. Todas las tardes bajo á.... pero si estorvo á V. me retiraré á mi cuarto.

—No; quedate: ¿que ibas á hacer sola allí?

—Leer y luego... rezar.

—Rezar! rezar! Bah! ¿Todavía no has olvidado las costumbres de tu convento?

—Olvidarlas! No, señor. Lo que se aprende en la niñez jamás ó muy tarde se borra de nuestra mente. Además el elevar á Dios nuestras plegarias es una necesidad del alma.

Una leve sonrisa plegó los labios del anciano que guardó silencio, sin decidirse á contrariar á Marina, porque el hombre mas descreído y mas depravado de corazón no quiere nunca que su falta de creencias se extienda á los seres que le rodean, y mas particularmente á los que le deben sumisión.

Esto acaso sea una consecuencia de su egoísmo. ¡Es tan fácil hacerse obedecer de un hijo creyente!

Marina tomó aquel silencio por una muestra de asentimiento.

—Es tan dulce saber que existe una mirada amante fija siempre en nosotros, una mano pronta á socorrernos, un corazón dispuesto siempre á perdonarnos! ¿Que sería sin esto la vida? ¿Que tristeza se igualaría á la tristeza de nuestra alma, si no la alumbrase la luz de la fé?

Eran tan diferente en aquel instante los pensamientos de la candida niña y los del viejo exceptico, estaba el ánimo de aquel hombre tan lejos de poder comprender tan suaves ideas en aquel instante, que no pudo menos de exclamar con alguna violencia:

—El mundo tiene muchos atractivos, y si no se cometieran algunas necedades, cuyas consecuencias tenemos que lamentar despues, hallaríamos en él goces, que tú no comprendes, pero bastantes á satisfacer nuestros deseos.

—Goces de un día, se apresuró á decir Marina, goces de un día que terminan ante un soplo de la muerte.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Tenemos el gusto de insertar la siguiente bellísima poesía de la señorita D.^a María Hurtado, que, casi niña, empieza á poner la planta en la senda literaria con tanto acierto y demostrando tan brillantes dotes. Reciba la modesta é inspirada jóven el parabien que le enviamos, como una prenda de admiracion y de cariño.

A LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA.

Estrella brilladora y sin mancilla,
Limpio fanal de mi doliente noche
Que con blanca luz brilla,
Abre, te ruego, de tu luz el broche
Y dame inspiracion pura y sencilla.

Derrama tus lucientes resplandores
Sobre mi jóven é inclinada frente,
Pues mis dulces amores
Quiero probarte á Tí, Virgen clemente,
Al presentarte mis humildes flores.

Flores modestas del amor intenso,
Que te quiero ofrecer, ¡oh! Madre santa;
Entre callado ascenso,
Haz que se eleven á tu excelsa planta
Cual blancas nubes de oloroso incienso.

Pues desde el dia en que por vez primera
Abrí mis ojos á la luz del mundo
Fuiste mi medianera,
Y mi amargo dolor triste y profundo
Tú mitigaste tierna y placentera.

En Tí deposité mi confianza,
Tú fuiste escudo que salvó mi vida,
Tú, flor de mi esperanza,
Aurora refulgente y encendida,
Iris divino de eternal bonanza.

Astro gigante que en bordado velo
Afirmas tu pisada abrasadora,
¿Dí si nació en el suelo
Tan magestuosa y celestial Señora
Cual la estrella purísima del cielo?

No; tú no viste en el doliente suelo,
Virgen tan pura, tan hermosa y bella,
Ni entre ligero velo

Se destacó tan refulgente estrella
Cual la Madre divina del consuelo.

Del ruiseñor los trinos deleitables,
Ni el cristal azulado de la fuente,
Pueden ser comparables
A su frente nevada y trasparente,
Y á sus ecos celestes y admirables.

Ni el gentil lirio de morado manto
Adornado de perlas diamantinas,
No, no recrea tanto
Cual sus miradas castas y divinas,
Fanal perenne de cariño santo.

Raudal embalsamado de ambrosía
Cuya corriente suave y floreada
Perfumó la agonía
Del Hombre-Dios que sobre cruz pesada
Salvó con su dolor el alma mia.

Ella es la Virgen santa é invencible
Que aplastó con su planta la cabeza
De la serpiente horrible:
Y que ostentó la flor de su pureza
Sin mancha original é inmarcesible.

Ella es la confianza interminable
Que alienta el corazon del desterrado,
Con el inagotable
Consuelo de su amor inmaculado,
Sublime, poderoso é inmutable.

Ella es la Madre del linaje humano,
La protectora de la España mia,
Y no pretendo en vano
Pedirle para ella un nuevo dia
Y su amparo especial y soberano.

Acepta mis plegarias, ¡oh María!
Desde tu sólio de esplendor luciente;
Y esta lágrima mia
En el suspiro de mi amor ardiente,
Acógela en tu seno, Madre mia.

MARÍA HURTADO.

(San Vicente de Munilla.)

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

La Marquesa de la Palma á Maria.

En mi carta anterior querida María, le daba á V. cuenta de los sucesos ocurridos en los primeros dias de mi estancia aquí.

Hoy la escribo tambien para hablarla de nosotros, y para comunicarla los temores y las esperanzas que han venido á agitar mi corazon en esta soledad donde tan aislada y triste corre mi vida.

Á pesar de mis buenos deseos, ni Horacio ni yo hemos encontrado aquí otra cosa que silencio y monotonía, y esto solo produce tedio y mal estar, por mas que algunos, y V. entre ellos, digan otra cosa de la vida del campo.

Yo, á quien la sociedad atrae, á quien el mundo y su brillo seducen, confieso sin reserva alguna que ignoro esos goces abstractos del espíritu recogido, y que no comprendo la vida sin animacion, sin ruido, sin movimiento.

Ya sabe V. que anhelando volver la paz al corazon de Horacio, le propuse este viaje, le propuse que pasásemos algunos dias en esta quinta, que aunque bella y cómoda y risueña está separada de todo trato, de todo comercio social.

Yo creia que este sacrificio de mi parte seria tenido en mucho por mi esposo, y que le veria de continuo satisfecho y feliz, mostrándome su gratitud, y apreciando en todo su valor lo que habia hecho por complacerle.

Pero lejos de eso busca la soledad, parece que huye de mi lado, y no encuentra una palabra que dirigirme ni una frase que me alhague.

Si yo intento recorrer estas cercanías en nuestro carruaje, él manifiesta por el contrario deseos de apoyarse en mi brazo y de cruzar los sitios mas retirados de nuestro bosque ó de nuestro jardin solamente. Si yo quiero crear algunas relaciones, él se empeña en esquivarlas; ya ve V., María, que esto es terrible, y que carezco de la fuerza y de la abnegacion suficientes para vivir de este modo.

El Doctor San Roman, de quien le hablé á V. en mi anterior, ha venido á vernos y se ha hecho el íntimo amigo y el compañero de mi esposo, con lo cual quedo en libertad algunas horas todos los dias, mientras los dos hablan ó leen juntos.

El Doctor es un sabio y noble anciano que ha consagrado su vida á calmar los dolores de la humanidad, y que divide su tiempo entre sus libros y sus enfermos.

Horacio ahora ocupa una parte de su tiempo.

Interesado por él, guiado del sentimiento que su desgracia le ha inspirado, ha examinado atentamente sus pupilas sin luz, ha preguntado, ha inquirido las causas de su mal: ha estudiado su enfermedad, y despues de meditar y pensar mucho, le ha dicho, aunque de un modo vago, que seria posible que algun dia recobrara la vista, y con ella el pleno goce de la existencia y de la vida.

Mi esposo se ha estremecido al escuchar estas frases, ha temblado ante esa esperanza que puede trocarse en un desengaño, y con las manos extendidas y el acento suplicante ha pedido á este hombre la luz y la vista con un grito del corazon.

El sábio anciano le ha mirado con indecible expresion de cariño y de piedad... yo misma le he visto enjugar una lágrima, al ver su estado y el infinito afan de su alma, y le ha preguntado si tendria valor para soportar una cura, de cuyo éxito no puede responder con seguridad.

Horacio ha cedido á todo, á todo se ha prestado, y desde hoy está sujeto al plan curativo que ha de preceder á la operacion decisiva.

Dentro de quince dias se efectuará esta, y yo temo estar sola en ese momento.

Se necesitan tantos desvelos, tantos cuidados y tanto valor para ello!

¡Oh! María, si V. pudiese venir! Mi madre tiene personas que reemplacen á V. por algunos dias, y en cuanto á Elvira, estaria muy bien aquí.

Sí, sí; es preciso que V. venga.

El Doctor teme que la operacion produzca una crisis, no peligrosa, pero si alarmante, para lo cual se requieren largos dias de afan, largas noches de vigiliass.

Todo esto me espanta; yo no estoy acostumbrada á ver sufrir, y no podria soportar las molestias que una enfermedad penosa trae en pos.

Además, la incertidumbre del resultado, el temor de una desgracia... no, yo no quiero, yo no puedo estar sola aquí!

He propuesto á Horacio que tornemos á la ciudad, que volvamos á nuestra casa para ese momento, pero él se ha negado, y el Doctor ha convenido tambien en que aquí hay mas reposo, mas tranquilidad, y sobre todo menos molestias y menos agitaciones para el espíritu.

Así, pues, María, yo le ruego que ceda á mi

deseos, y que me ofrezca venir para entonces.

Una carta mia la anunciará á V. el dia designado para la operacion, y yo confio en que la verá junto á nosotros.

Hable V. á mi madre de todo esto, prepare á Elvira para el viaje, abrácelas á las dos en nombre mio, y esto V. dispuesta á venir, porque no dudo que cederá á los deseos de

AMELIA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

TRES DIAMANTES DE TU CORONA.

Á MARIA.

(De una corona poética á la Virgen.)

Buena, fiel, justa, mártir, sábia, bella,
pura, santa, inocente, virtuosa,
dulce, amable, perfecta, cariñosa,
madre, lazo de amor, del mar estrella
venerable, sin par, casta doncella,
digna, reina, admirable, poderosa,
pía, humilde, prudente, victoriosa,
rayo de gracia que de Dios destella,
rosa de Jericó, fuerte, infinita,
patrona y redentora idolatrada....
florones son que el cierzo no marchita.

Mas, ¿qué es esta corona, comparada
con los diamantes de tu sien bendita,
VIRGEN, MADRE DE DIOS É INMACULADA.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

(Villavicencio.)

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Yo señora,—respondió el interpelado, que adolecia un poco de la falta mas comun en nuestra época: de la tibieza y el abandono religioso;—yo, señora, procuro hacer lo menos malo que puedo, lo que es compatible con las costumbres de la sociedad.... con mis ocupaciones, con mi posicion.... pero en fin, como creo que Dios es muy misericordioso, espero que me perdone y que su bondad me salvará.

—Esa confianza es muy buena, amigo mio, pero....

Julian esperó un momento á que su señora continuase, mas viendo que guardaba silencio y aun que parecia distraida, se atrevió á decirle,

—¿No continúa V. E.?

—¡Ah! sí:—murmuró la Marquesa,—pero antes quisiera remediar un olvido involuntario, y que me hiciese V. un favor:

—Oh! al instante: mande V. E.

—Ayer vino Andrés, el cochero de nuestro vecino el Baron de la Paz, á reclamarme su salario, y aun todavia no habia dado á V. orden de que le pagase.

Julian se quedó mudo y absorto.

Pedir su sueldo á la Marquesa un criado ageno, le parecia una cosa imposible y absurda, tanto, cuando menos, como el que su señora estuviese dispuesta á satisfacerle.

—¿Por qué duda V.? le preguntó la anciana mirándole con intencion.

—Perdone V. E., pero...

—¿No le parece á V. justa la demanda de Andrés?

—Antes de responder, quisiera saber si ha servido á V. E. en algo.

—No; en nada. Como tenia su señor... como tenia sus quehaceres en casa del Baron, se ha negado por el contrario á ejecutar algunas pequeñas ocupaciones que le confió!

—¿Y se ha atrevido á llegar á pedir?...!

—Sí, señor; y á la verdad no sé que contestar.

—¿Cómo qué! ¡no cabe duda! ¡negarse decididamente á su demanda! ¿Con qué derecho reclama de V. E. pago alguno sin haberla complacido en nada? Yo iré, yo le diré... le arrojaré de casa en castigo de su atrevimiento. Oh! No volverá á molestar á V. E. yo lo aseguro.

—No se precipite V., Julian, dijo la Marquesa sonriendo, y piense que, si solo hemos de recompensar á aquellos que nos sirven bien, ¿qué hara Dios con V. cuando llegue á su presencia á pedirle un cielo como pago de unos homenajes que no ha recibido en modo alguno, puesto que segun acaba de decir, solo le ha consagrado aquellos que han sido compatibles con su posicion, con la sociedad y con sus costumbres? Desengañese V., amigo mio; es imposible servir á dos amos, y así el que quiera seguir la senda del cielo debe llevar á Dios por norte y á sus mandamientos por segura guia.

Quedó Julian pensativo un instante, y luego dirigiendo su vista á la Marquesa, respondió:

—Tiene V. E. un modo de decir las cosas, que no hay medio de replicar.

—Porque la verdad es innegable, y yo hablo á ustedes con ella solo.

—Y sin embargo... aceptando como cosa cierta que nuestro deber es el de servir á Dios solo, ¿cree V. E. que todos nos hallamos en el caso de hacerlo así?

—¿Quién lo duda? respondió la anciana rápidamente.

—Oh! señora, los ricos que no tienen que enterarse de los cuidados de la vida, podrán muy facilmente pasar la mayor parte del tiempo en la iglesia, ocupándose en buenas obras, y dedicados, como V. E. dice, á prácticas y lecturas cristianas; pero nosotros no podemos dejar de invertírnos en mil otras cosas que...

—Tiene razon Julian, señora, se atrevió á decir Petra el ama de llaves, nosotros con tanto en qué pensar, con tanto trabajo...

—Ay! seria imposible! exclamó á su vez Maria, la nodriza del niño Mauricio: seria imposible el desatender

todas nuestras obligaciones y ocuparnos solo en las cosas de devoción. Bien estaríamos entonces!

—Y quien ha dicho á V. que eso sería bien hecho y que Dios lo ordena así? preguntó la Marquesa dirigiéndola vista en torno,

—Yo pensaba... balbuceó Julian.

—Como V. E. dice que lo primero es eso, añadió el ama de llaves.

—Como acaba de asegurar que no puede servirse bien á dos amos... murmuró José.

—Y es la verdad! respondió con entereza la noble anciana; pero escuchadme un instante y aclararé todas vuestras dudas. Cada cual sirve á Dios, y le sirve muy bien, cumpliendo con sus deberes y con las obligaciones de su estado. El hijo, le sirve obedeciendo á sus padres con humildad y con amor. El jornalero, ocupándose en sus rudas faenas, sin murmurar de su suerte ni maldecir de su fortuna. El sirviente, consagrando su tiempo y sus cuidados á sus señores y sirviéndoles con lealtad. El labrador cultivando la tierra, y todos, todos, resignándose con su destino, y siendo en él honrados, virtuosos y cristianos. Todo lo que hacemos, desde los mas penosos oficios hasta las mas gratas distracciones, puede y debe servir para nuestra santificación y nuestra gloria. Así en su misericordia infinita lo ha dispuesto el supremo Hacedor, padre previsor y Salvador nuestro! y no creáis que esto es difícil, no! Basta para ello con una cosa muy sencilla, muy pequeña. Basta con que al empezar nuestros trabajos ó al abrir los ojos á la luz, formulemos este pensamiento ó pronuncemos estas frases: «Señor, quiero hacer todas mis obras por amor vuestro!» ¿Quién no podrá ejecutarlo así? ¿Quién no podrá unir la intención á estas hermosas palabras?

—Y bastará con eso? preguntó José con interés.

—Ciertamente, amigo mio, siempre que el deseo sincero de su corazón esté conforme con esas frases.

—¡Oh! decía V. muy bien, señora: todos podemos hacer eso.

—Y se consigue tanto de este modo! anhelando servir á Dios al servir á nuestros superiores, nada podemos hacer mal, porque como Él está en todas partes, como tiene de continuo fija su mirada en nosotros, es seguro que no cometeremos deslealtad ni falta alguna, como no la comete el servidor cuando está en presencia de su señor natural. Además, en este mundo ¿se pagan tal mal, por lo comun nuestros desvelos; se dá tan poco valor á nuestras obras mejores, que es preferible, amigos míos, practicarlas por Aquel que no puede engañarnos y cuyas recompensas son tan ciertas como eternas!

Creo haberos demostrado que es muy posible y hacedero servir á Dios en todas las condiciones de la vida, puesto que el corazón y el pensamiento es lo que mas le agrada que le ofrezcamos, y el corazón y el pensamiento son libres, son nuestros solo, y podemos disponer de ellos en todas las ocasiones, en todos los estados, en todas partes.

Hagamos, pues, la intención de consagrar á Dios todas nuestras obras, y de hacerlas bien, puesto que con ellas cumplimos su voluntad, aceptando el estado que nos ha dado, y con esta sola intención contraemos igual mérito, que si no por una necesidad y si por voluntad nuestra aceptáramos los trabajos, las privaciones, y las penas que la Providencia nos ofrece. Y en las horas de felicidad, en los momentos de ventura, en medio de la mayor prosperidad, entremos un instante en nos-

otros mismos, y digamos con un acento del alma «gracias, Dios mio, ya sé que todo os lo debo á vos.»

Este pensamiento no quitará á nuestra dicha su dulzura, á nuestro placer su alegría; no nos robará siquiera un instante de nuestro tiempo, pero bastará para enaltecerla, y hacerla grata á los ojos de Dios, convirtiéndola casi en una acción meritoria.

La Marquesa se detuvo un momento, Miró complacida las muestras de aprobación que veía en el rostro de las buenas gentes que la escuchaban, y dijo despues con su natural dulzura:

—Ahora separémonos, para mañana volver á reunirnos. Es tarde ya, y cada uno debe entregarse al reposo, para tornar con el nuevo día al cumplimiento de sus deberes.

Todos se dispusieron á salir despues de saludar á su noble señora, y esta, deteniendo suavemente de la falda á Anita:

—Hija mia, la dijo, espera un momento: tengo que darte una comisión.

—¡Oh! cuanto quiera la señora Marquesa, dijo con alegría la bella niña. ¡Anhelo tanto complacerla!

—Ya lo sé, lo sé, y por eso voy á ocuparte. Antes de salir busca á Petra, á quien he dado órden para que te entregue algunos efectos que tú llevarás al pobre Lorenzo. Es un buen anciano, y es preciso que entre todos remedemos su suerte.

—Gracias, señora, gracias en nombre de Lorenzo,

—Anda y no tardes: mañana me referirás lo que hayas hecho de lo que mi ama de llaves te va á dar. Aunque eres muy niña, tengo una gran confianza en tu prudencia y tu buen juicio, y quiero que veas que el Señor nos dá los medios de hacer el bien, cuando lo deseamos sinceramente.

La niña salió despues de besar la mano de la anciana, y esta se dirigió á sus dos nietos que la esperaban con impaciencia.

—Vamos, les dijo, ya estamos solos, hijos míos: ¿que secreto es ese que teníais que confiarme?

—¡Oh! uno muy grande, abuelita; uno que hasta ahora ha tenido por depositaria solo á la Virgen Santísima, y que por una casualidad está en nuestras manos.

—¿Que quereis decir? preguntó la anciana admirada. Adolfo entonces refirió su visita de aquella tarde á la casa del mendigo, y el hallazgo de la carta que habían tenido los tres.

Despues, y presentando á su abuela aquel papel cerrado y lacrado:

—Mira, añadió, aquí tienes la carta; quien sabe lo que encerrará!

—¿Pero no me has dicho que pensásteis dejarla en el lugar en que estaba? preguntó la Marquesa.

—Si, eso resolvimos; pero la llegada de Lorenzo nos impidió efectuarlo, y solo pude guardarla en mi bolsillo hasta preguntarte que debía hacer.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.